

POR UN "NEW-DEAL" EUROPEO. ENTREVISTA CON EDMOND MALINVAUD

(Veronique Maurus, en "Le Monde" del 16 de Noviembre)

Profesor en el Collège de France, ex-director del INSEE y verdadero número uno de los economistas franceses, Edmond Malinvaud ha decidido salir de su reserva legendaria en razón a lo que él llama "sentido del deber" ante el deterioro dramático del empleo en Europa. Convencido de que el paro no es una fatalidad, Malinvaud, en un texto concebido con otros doce economistas, propone un ambicioso plan de recuperación a escala europea. Este "programa", explica el ilustre economista, recomienda en primer lugar una disminución rápida de los tipos de interés a corto plazo hasta alcanzar un nivel próximo a cero; seguidamente, una reducción substancial del coste del trabajo no cualificado (eximiendo el salario mínimo de todas las cargas sociales patronales) y, en tercer lugar, la puesta en práctica de ambiciosos proyectos de inversiones colectivas por un importe equivalente al 4% del PIB europeo, a gastar a lo largo de cuatro años.

Pregunta. *Usted se ha mantenido hasta el presente al margen del debate sobre la crisis. Sin embargo, ahora va a publicar, junto con doce de sus colegas,⁽¹⁾ un trabajo en el que se adopta una posición clara sobre los medios con los que combatir el paro. ¿Por qué?*

Respuesta. Inicialmente era para incitar a un examen de la situación en el seno de la Association Economique Européene, entidad que agrupa sobre todo universitarios y que celebra todos los años un congreso. Pensando que, en las circunstancias actuales, la Asociación no debía desinteresarse del desempleo, Jacques Drèze, de Lovaina, y yo adoptamos esa decisión en el otoño de 1992, cuando constatamos el deterioro del empleo.

Nuestro trabajo, preparado con la ayuda de diferentes colegas, estaba destinado a ser el punto de partida de una discusión entre economistas, pero la redactamos con la idea de que pudiera tener una audiencia más amplia, pensando que podíamos transmitir al mismo tiempo cierto testimonio a los responsables políticos y a la opinión pública.

Titulado "L'ambition d'une initiative européenne", nuestro texto contempla la Unión Europea, aunque sin excluir otros países europeos. Pero el trabajo no está destinado a definir una política de la Unión. También se refiere a las Actuaciones que deberían llevarse a cabo a nivel nacional. Puesto que los países europeos se muestran muy solidarios y que -a pesar de su diversidad- se hallan en situaciones análogas por lo que al paro se refiere, proponemos unos principios directores para las políticas susceptibles de mejorar el empleo.

P. *¿En qué se diferencia esta crisis de las anteriores?*

R. Por supuesto, desde un punto de vista coyuntural, se puede comparar la crisis actual con otras anteriores, pero no es tanto la coyuntura como el medio plazo lo que nos preocupa. Una asociación de universitarios no puede pretender estar sobre la brecha y actuar rápidamente.

⁽¹⁾ Jacques Drèze, Paul de Grauwe, Louis Gevers, Alexander Italianer, Oliver Lefèvre, Maurice Marchand, Hery Sneessens, Alfred Steinherr, Paul Champsaur, Jean-Michel Sharpin, Jean-Paul Fitoussi, Guy Laroque.

En cambio, cuando una asociación de ese tipo ve que después de quince años de paro elevado éste va a prolongarse otros cuatro o cinco años, o todavía más, tal asociación no puede dejar de prestar atención al problema. El detonador, en nuestro caso, en el otoño de 1992, ha sido esta toma de conciencia.

P. *¿A su juicio, pues, el paro no es inevitable como consecuencia del progreso técnico?*

R. Por supuesto que no. Los economistas aceptan mayoritariamente la idea de que el paro es una disfunción ("dysfonctionnement") del sistema económico. Ahora bien, puesto que el sistema funciona mal, la situación puede resultar agravada por el progreso técnico. Este, con todo, no es tan y tan rápido en nuestra época, pero es desfavorable para los empleos no cualificados. Por consiguiente, la responsabilidad del mismo es sólo secundaria y parcial.

P. *¿Así pues, usted no cree en el paro estructural, contra el que no se puede hacer nada?*

R. A mi edad, y hasta mi muerte, seguiré fiel a la idea de que los economistas pueden hacer algo para mejorar la situación del empleo.

P. *En la actualidad, sin embargo, se busca desesperadamente una solución milagrosa, como la semana de las 32 horas.*

R. Las propuestas más en boga en el momento actual desbordan el análisis económico. Las mismas se refieren en buena parte a la organización del trabajo, una materia en la que los economistas son poco competentes.

En el pasado, soluciones como la citada no han resultado ser la maravilla que sus proponentes esperaban. Por consiguiente, mantenemos cierta reserva a propósito de esas iniciativas, las cuales no son consideradas en nuestro análisis. Personalmente, creo que merecen ser estudiadas, con la vista puesta en sus efectos en los lugares de trabajo. En cualquier caso, las posibles repercusiones sólo podrían tener lugar a largo plazo.

P. *¿Qué es, pues, lo que podría hacerse en el plazo corto?*

R. El mensaje es simple. No hay otro medio que los instrumentos clásicos de la política macroeconómica: la política presupuestaria y la política monetaria, a las que podría añadirse, eventualmente, una política de rentas.

Desgraciadamente, la política presupuestaria se halla paralizada porque la situación de las cuentas públicas se encuentra deteriorada en la mayor parte de los países; y esto hasta tal punto que todo estímulo presupuestario provoca la inquietud de los agentes privados, lo que les mueve a ahorrar todavía más. En estas circunstancias, pues, se puede decir que el estímulo presupuestario se ve en cierto modo anulado por las reacciones del sector privado.

Queda la política monetaria. No deben exagerarse los posibles efectos de ésta, puesto que afecta poco a los tipos a largo plazo, los cuales son importantes en muchos casos, como en la construcción de viviendas, por ejemplo. Pero la reducción de los tipos a corto es posible, como lo muestra el caso de Estados Unidos.

Norteamérica ha tenido que hacer frente a la recesión antes que nosotros, aunque, esto sí, haya sido menos severa que la nuestra. Sus tipos de hoy corresponden a unos tipos reales cero (una vez tomada en cuenta la inflación). En Europa debería haberse hecho lo mismo.

P. *Estamos muy lejos de ello, actualmente. ¿No es así?*

R. Sí, estamos lejos de ello. Lamentamos que esta política no haya sido la del Bundesbank desde el otoño de 1992. Para Europa, unos tipos reales a corto plazo nulos resultarían de lo más oportuno, por lo menos temporalmente.

En lo inmediato, haría falta que el Bundesbank -que representa un papel estratégico- bajara sus tipos, no paso a paso, sino de manera audaz, toda vez que ha de descartarse casi del todo la reactivación de la inflación, incluso en Alemania. A falta de una medida de esa naturaleza, resultará muy difícil hacer frente a la contradicción existente entre, de un lado, un banco central alemán que mantiene unos tipos de interés demasiado elevados y, de otro, la necesidad de disponer de un contexto monetario europeo estable, con unas monedas que no jueguen al yo-yo unas frente a otras. Si un país se desvía de los otros bajando substancialmente los tipos de interés, su moneda se depreciará. Incluso pueden imaginarse, sin forzar las cosas, devaluaciones competitivas sucesivas, lo que sería catastrófico. Esto no beneficiaría a nadie, desorganizaría todavía más el sistema económico y podría incluso tener consecuencias políticas.

P. *Por el momento, pues, esta vía parece cerrada. A medio plazo, ¿cuáles son las otras soluciones?*

R. Proponemos, y esto es lo esencial de nuestro "programa", dos actuaciones a medio plazo. Una de ellas consiste en reducir drásticamente el coste del trabajo no cualificado. La otra se refiere a la puesta en marcha de ambiciosos proyectos de inversión en obras colectivas.

P. *La más audaz se refiere a la reducción del coste del trabajo. ¿Por qué ha de afectar ésta prioritariamente al trabajo no cualificado?*

R. Todas las estadísticas muestran que el paro es particularmente duro para los trabajadores no cualificados. Otras categorías se ven también afectadas, por supuesto, por la depresión actual, pero, en una perspectiva a medio plazo, el primer problema constatado en el curso de los últimos quince años -problema que amenaza persistir después de iniciada la recuperación- es la falta de empleos no cualificados.

Esto es debido a la evolución de las técnicas y, sobre todo, a la mala reacción del sistema económico y social ante las mismas. Porque resulta que la evolución tecnológica ha sorprendido. Hace 20 años, se pensaba que con la difusión de la enseñanza secundaria y superior se llegaría a una plétora de mano de obra cualificada. La realidad es distinta. ¿Por qué? Intervienen ciertos fenómenos "naturales". Cuando la situación del empleo se deteriora, las empresas tienden a contratar personas supercualificadas en relación con el empleo de que se trate, lo que relega en definitiva a los menos preparados.

Pero hay aún algo más. La estructura de la demanda de trabajo por parte de las empresas evoluciona más rápidamente hacia las altas calificaciones que la de la oferta de trabajo por los individuos.

La "sorpresa" se explica también en parte por la competencia de los países con una mano de obra barata. Se trata de un fenómeno inducido por el desarrollo de la humanidad a largo plazo. Nosotros lo tomamos como un dato, pues no queremos negar a los países más pobres que el nuestro el derecho a desarrollarse. Esta situación, por otra parte, debe ser contemplada en un contexto de tipos de cambio evolutivos. Hace algunos decenios, se temía sobre todo a Japón. Pero resulta que el yen se ha apreciado lo suficiente como para que los japoneses no sean apenas ya competidores para los trabajadores no cualificados europeos. Lo mismo ocurrirá con Taiwan, Singapur, etc.

Frente a este fenómeno, el sistema económico y social debe adaptarse. La buena solución, por supuesto, consiste en intensificar la formación de los trabajadores, pero esto no bastará a plazo medio. El sistema de precios tiene un papel que representar a través de una disminución del coste del trabajo no cualificado frente al del trabajo cualificado. Una disminución de esta naturaleza ha sido ya observada en Estados Unidos, donde las diferencias de los salarios se han ampliado ya. La señal, pues, es clara. En Europa, tal disminución no ha existido -salvo en Gran Bretaña- toda vez que nuestra filosofía social nos lleva, en nombre de la equidad, a limitar las diferencias de rentas. Los gobiernos, en cualquier caso, pueden intervenir mediante la fiscalidad y la parafiscalidad gravando menos los salarios de los no cualificados.

P. *¿Es esto lo que ustedes proponen?*

R. Sí. Proponemos eximir los empleos remunerados con el salario mínimo de toda cotización social patronal. Dos esquemas son posibles, según la exención sea uniforme o degresiva. El primero consiste en eximir de la cotización, para todos los salarios, la parte correspondiente al salario mínimo. Esta solución es, desde luego, costosa, pues podría ascender al 3'2% del producto interior bruto si se aplica a todos los asalariados.

El segundo esquema, menos oneroso, consiste en aplicar una exención degresiva. El baremo parte de un tipo cero para el salario mínimo, para subir progresivamente hasta el nivel normal a partir de dos veces el salario mínimo. Esto modifica las escalas actuales del coste del trabajo. Se podría hablar de distorsión si, por el contrario, no se partiera de la idea de que son las escalas actuales las que resultan distorsionadas en relación con lo que el pleno empleo de todos exigiría.

P. *¿No contemplan ustedes la posibilidad de reducir o, en el caso de Francia, suprimir el SMIC (salario mínimo)?*

R. No. Se trata de una cuestión de naturaleza política, social, ética, que supone un arbitraje. Si se piensa que la lucha contra el paro ha de tener prioridad ante todas las otras consideraciones, uno se permite ir a contra corriente de la preocupación igualitaria. Una vez dicho esto, reducir el salario mínimo o -lo que es más fácil- limitar su crecimiento, no permite ir muy lejos. Nuestra propuesta se defiende muy bien sin necesidad de actuar sobre el salario mínimo.

P. *¿En cuánto tiempo podría realizarse todo esto? Supongo que no proponen ustedes un cambio radical, brusco.*

R. ¿Por qué no? Los universitarios tienen ciertas ventajas a la hora de pensar, puesto que no son los encargados de poner en práctica sus ideas. Si las que deben hacerlo están en condiciones de actuar rápidamente, que lo hagan. De hecho, nosotros pretendemos que medidas más ambiciosas deberían ser adoptadas con mayor celeridad y con una mayor decisión de lo que es normal.

P. ¿Cómo financiar estas medidas?

R. Situémonos en el caso del segundo esquema, puesto que el primero, que consiste en desplazar tres puntos del PIB, es realmente muy ambicioso. El segundo cuesta mucho menos. Aproximadamente el 1 % del producto interior. Este esquema, además, considera algunos ingresos substitutivos, que pueden ser hallados en diferentes lados: IVA, CSG ("contribution sociale généralisée") y, en fin, el impuesto sobre el gas carbónico, el cual ha sido discutido en el marco de la Comunidad y que proporcionaría justo un poco más del 1 % del PIB.

P. ¿Cómo actuaría esta medida sobre el empleo?

R. En un cierto número de procesos productivos se puede mecanizar más o menos, se pueden suprimir más o menos empleos no cualificados. Dicha medida permite actuar -y esto es primordial- sobre este margen de maniobra. Además, se restablece la competitividad de ciertos servicios, que desaparecen cuando el coste del trabajo es demasiado elevado: conserjes, mozos de equipajes, guardas de aparcamientos, lavaparabrisas, etc.

Para evaluar todo esto, y a pesar de la relativa inadecuación de los modelos a este tipo de simulaciones, se llega, con base en sus cálculos, a creaciones de empleo del orden de 0'5 al 1 por ciento de la población activa (o de la tasa de paro) al cabo de algunos años. Esos modelos analizan bien los efectos indirectos relacionados con la mejora del empleo (reducción de las cargas colectivas de indemnización del desempleo, aumento del poder de compra y de la demanda, etc.), pero son menos fiables para los efectos directos.

P. ¿Cuál es la segunda gran propuesta a plazo medio?

R. Se trata de poner en marcha ambiciosos programas de inversiones susceptibles de crear empleo preferentemente para la mano de obra no cualificada, así como de cubrir necesidades no satisfechas. Esto está de acuerdo con el espíritu de iniciativa manifestado en Edimburgo, pero nosotros proponemos hacerlo a una escala mucho mayor: 250 m.m. de ecus, lo que representa ocho veces más de lo que allí se contempló. Tal cifra equivale al 4 % del PIB europeo, y debería ser gastada en un período de 4 años.

Todos los países del norte de Europa redujeron substancialmente sus inversiones públicas a partir de principios de los años 70. En Alemania pasaron del 4'4 % al 2'4 % del PIB. Pero la reducción ha sido todavía mayor en Bélgica y en Gran Bretaña, aunque no en Francia. Pero las necesidades son grandes en todas partes: viviendas para las familias de rentas modestas, equipamientos urbanos, transportes (telecomunicaciones, TGV, autopistas, etc.). Las opciones son múltiples.

P. Aquí se plantea la misma pregunta que hacíamos cuando hablamos de la primera proposición: ¿Cómo se van a financiar las inversiones? Si se han visto reducidas no es por casualidad.

R. Se puede encontrar una financiación privada si se dan dos condiciones. En primer lugar, que se reduzcan los costes de estos programas no subvencionando los tipos de interés, como les gusta a los financieros, sino, por el contrario, subvencionando el empleo. Esto puede consistir, simplemente, en aplicar la propuesta precedente sobre el trabajo no cualificado, o puede ir más allá.

Segunda condición: que se haga intervenir a intermediarios financieros públicos, cuya misión consiste en subvenir a las imperfecciones del mercado de capitales que penalizan este tipo de proyectos en las financiaciones habituales: el Crédit National o sus homólogos en otros países, el Banco Europeo de Inversiones, etc. Sólo las subvenciones al empleo tendrían un impacto presupuestario. De esto ya hablamos antes, y el tipo de financiación presupuestaria se ha de encontrar en este caso como se ha de encontrar en el anterior.

P. Pero estas sumas extraídas del mercado de capitales, ¿no van a reducir las inversiones en otras partes, o no van a hacer subir los tipos de interés?

R. Nos hallamos en una situación en la que no hay bastantes inversiones. Las empresas no las reanudarán hasta que la recuperación sea un hecho. El momento es el adecuado para poner en marcha programas de proyección colectiva de ese tipo. Se lamenta el actual exceso de ahorro, que explica en parte la depresión. El mercado financiero debería ser capaz de absorber esos programas sin que produjeran tensiones sobre los tipos de interés a largo plazo.

P. ¿Acepta usted que sus propuestas sean calificadas de keynesianas?

R. Nosotros no llevamos etiqueta alguna. Pero, ¿por qué no?

P. Estamos lejos del neoliberalismo de los últimos años.

R. Hemos llevado a cabo nuestro estudio sin condicionamientos doctrinales. La coexistencia de necesidades insatisfechas y de recursos sin utilizar pone de manifiesto un disfuncionamiento del sistema económico. Sobre este punto nuestra posición es muy firme. Y si alguien lo niega, rechazando, por ejemplo, la existencia de un auténtico paro, nosotros estamos en desacuerdo con él. Pero que quede claro que no somos prisioneros de ningún modelo.

P. Lo que ustedes proponen, ¿no es una especie de "New Deal" europeo?

R. No hay razones para rechazar esta expresión, por lo menos por lo que a nuestra segunda propuesta se refiere. En cuanto a la primera, el paro de los no cualificados no tuvo un papel destacado en la crisis de 1929.

P. Suponiendo que sus propuestas fueran aplicadas, ¿cuál sería su impacto sobre el crecimiento y sobre el empleo?

R. Nuestra ambición sería que se volviera a una tasa de crecimiento del orden del 3%, tal vez un poco más, todo ello acompañado de un incremento del empleo del 1% anual, lo que debería llevar a una disminución del desempleo al ritmo del 0'5% al año, "grosso modo" (en cualquier caso, serán necesarios bastantes años para reducir apreciablemente la tasa de paro).

La condición es que se evite toda aceleración de los salarios y de los precios. Una recuperación del 3% permite cierta elevación de los salarios reales efectivos, pero, a la vista de los deslizamientos que se producen entre los salarios convenidos y las remuneraciones efectivas, las negociaciones deben basarse en una estabilidad de los salarios reales de referencia. Si éste es el precio que debe pagarse por el crecimiento, es un coste ligero. Basta, para convencerse de ello, con pensar lo que se habría conseguido si la reactivación de los años 1986-90 hubiera continuado.

P. ¿Qué quiere usted decir?

R. La recuperación, entonces, había tenido un buen principio, toda vez que de 1986 a 1990 la tasa de paro en Europa pasó del 10'7 al 8'3 por ciento. Pero eso no tuvo continuidad. ¿Por qué se truncó el proceso? Porque este se tradujo casi en todas partes -salvo en Francia- en una aceleración de la inflación, que condujo a las autoridades monetarias a contraer el crédito y a incrementar los tipos de interés. Esa recrudescencia de la inflación era inquietante para el adecuado funcionamiento de nuestras economías europeas, pues iba acompañada de un paro todavía importante. Por esto debemos estar muy atentos para que, si hay una recuperación fuerte hacia mediados de los años 90, con base en nuestras propuestas o a causa de otros eventos, la misma no degenera una vez más en inflación.

P. ¿Debe excluirse una iniciativa estrictamente nacional?

R. Todos los países europeos son muy solidarios los unos con los otros. Francia se da cuenta de ello cuando constata que está pagando de alguna manera los errores y la inflación de los demás. Una política aislada, en un ambiente adverso, apenas podría tener efectos positivos. Hacen falta políticas coordinadas, formal o implícitamente. Y puesto que las situaciones son distintas, la puesta en práctica puede variar de un país a otro. Puede haber programas comunitarios, pero una gran parte ha de proceder de iniciativas nacionales, con esta dificultad adicional de que en el interior de cada país habrá por lo menos dos autoridades: el gobierno y el banco central. Es indispensable que todas las autoridades se coordinen.

P. ¿Cree usted realmente que sus propuestas serán aplicadas?

R. No es necesario esperar para hacer cosas. Hemos hecho estas propuestas con el sentimiento de que era para nosotros un deber hacerlas. No esperamos reacciones oficiales. Dicho esto, he de añadir que la Comisión de Bruselas está elaborando un Libro Blanco, que será presentado a principios de Diciembre en la reunión de jefes de Estado. Los correspondientes servicios tienen a su disposición este trabajo, y lo están utilizando.